Tzvetan Todorov

Leer y vivir



Galaxia Gutenberg

Tzvetan Todorov

Leer y vivir

Prólogo de
André Comte-Sponville

Traducción de
Noemí Sobregués

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Título de la edición original: *Lire et Vivre*
Traducción del francés: Noemí Sobregués Arias

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2018

© Éditions Robert Laffont, 2018
© Versilio, 2018
Gestión de los derechos intenacionales: Susanna Lea Asssociates
© de la traducción: Noemí Sobregués, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 23692-2018
ISBN: 978-84-17355-50-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A los nietos de Tzvetan: Jalil, Lya y Sofia

Índice

Introducción, *de Léa y Sacha Todorov* 11
Prólogo, *de André Comte-Sponville* 13

VIVIR JUNTOS 23
Vida en común 25
Fragmentos de una moral 27
Religión y política 41
Intelectuales: ¿compromiso o responsabilidad? 51
Desobedecer como ciudadano 60
Un ministerio no deseado: la Identidad Nacional 64
«Podemos hacer cualquier cosa» 67
La pluralidad humana 70
La era electrónica 76
Memoria y justicia 83
Juzgar el pasado: ¿y los harkis? 85
Mecanismos del genocidio 88
No existe el deber de memoria 91
Argentina: los riesgos de una memoria incompleta 106
Romain Gary (1), lúcido y desesperado 110
Romain Gary (2), *La nuit sera calme*, un libro de transición . . . 113
Vesko Branev, *El hombre vigilado* 121
Gitta Sereny, entender el mal 130
Guerras 133
Los torturadores voluntarios 135
Afganistán: los europeos y los estadounidenses deben marcharse 138

Libia: no hay guerra justa 142
La democracia por las armas. 145
Siria: el discreto encanto de la guerra 148
Orgullosos de nuestra fuerza. 151
Liberarse del enemigo 153
Europa: ¿una potencia militar? 157

LEER, ESCUCHAR Y VER. 163
La búsqueda secreta de la verdad 165
Leer 171
La literatura es la ciencia humana más importante 173
Milan Kundera, lo que sabe el novelista 175
Ian Watt, ningún hombre es una isla 182
Escuchar 193
The Rake's Progress, el concierto de las artes 195
La traviata, el mito de la descarriada. 201
Ver. 207
La política en el teatro, el teatro como política 209
Pensamiento y pintura 215
Georges Jeanclos, la fuerza de la fragilidad 220
Susan Sontag, *Ante el dolor de los demás* 236

SABER 243
Las sombras de las Luces 245
Germaine Tillion y Lévi-Strauss, dos enfoques de las ciencias humanas 251
Las ciencias humanas: una mala política en el CNRS 268
Edward O. Wilson: ¿reducir todo a la naturaleza? 272
Émile Benveniste, una vida de erudito 282
Joseph Frank (1), un mediador 297
Joseph Frank (2), vivir con Dostoievski. 304

DISCURSO DE ÁMSTERDAM 309

Introducción

Nuestro padre trabajó en su libro *El triunfo del artista* hasta el otoño de 2016. Desde hacía unos años padecía una enfermedad neurodegenerativa que le dificultaba mucho su labor. Tenía que levantarse temprano para luchar contra su propia lentitud, le costaba aguantar delante del ordenador debido a sus serios problemas posturales, y su letra era cada vez más pequeña y difícilmente legible para cualquiera que no fuera él… Pero seguramente su determinación de terminar esta obra lo ayudaba a seguir con vida. Una vez terminada, nos dijo que no quería seguir escribiendo. Como su vida intelectual había sido el centro de su existencia, la ausencia de un nuevo proyecto convertía la muerte en su única perspectiva. Así que nos alegró saber que, tras un correo de un editor preguntándole si no tenía textos inéditos que pudieran publicarse, se había dado cuenta de que disponía de unos cuantos y había decidido reunirlos, ordenarlos y mejorarlos para incluirlos en un último libro.

Abrió entonces una carpeta titulada «Libros / Vivir», en la que empezó a ordenar los textos que había seleccionado. Cuando lo hospitalizaron, a principios de 2017, en un principio para que descansara y para hacerle pruebas médicas, se aburría y no le gustaba verse reducido a su enfermedad. Le propusimos entonces ayudarlo a trabajar para que pudiera pensar en otra cosa y siguiera sintiéndose activo. Así nos dictó el índice de «Libros / Vivir».

Después de su muerte quisimos terminar este proyecto y cotejamos el índice con el contenido de la carpeta. Muchos artículos no estaban o habían cambiado de título, lo que nos abocó a una larga búsqueda en su ordenador para identificarlos todos. Luego, con la

ayuda de Antoine Audouard, uno de sus editores y mejores amigos, y de André Comte-Sponville, que también formaba parte de su círculo más cercano, llevamos a cabo el trabajo de edición (relectura, reorganización y correcciones), trabajo que realizamos con placer, porque nos daba la oportunidad de seguir disfrutando de su pensamiento, y a través de él también un poco de su compañía. Esperamos que a todos los lectores les suceda lo mismo.

Léa y Sacha Todorov

Prólogo

¿Cómo hablar de un amigo tan cercano, al que tanto quería? Quizá contando, con la mayor objetividad posible, lo que percibí subjetivamente de él. Tzvetan no solo era el amigo más fascinante. Era –me di cuenta muy pronto– el hombre más maravilloso con el que me he relacionado nunca: el más culto (y no solo porque hablara cinco lenguas), el más sencillo, el más atento, el más dulce, el más encantador, el más cariñoso (especialmente con sus hijos) y también uno de los más inteligentes, de los más sinceros y de los más lúcidos. Así que sus cualidades eran muchas, y poco frecuentes en los círculos intelectuales. ¿Están también en sus textos? A menudo sí, en concreto las más cerebrales. Pero no todas, o no siempre, o no tanto como nos gustaría, especialmente cuando se trata de las cualidades más íntimas o afectivas. ¿Cómo es posible? Un artista quizá lo habría logrado, pero Tzvetan nunca se consideró artista. Por lo demás, no escribía para que lo conocieran, ni para que lo quisieran. Era el menos narcisista de los escritores. Por mucho que admirara a Montaigne y a Rousseau, le habría resultado inconcebible «describirse», como el primero, o escribir sus *Confesiones*, como el segundo –en definitiva, convertirse en el objeto de sus libros–. Le interesaban demasiado los demás, o no se interesaba lo suficiente por sí mismo. Además aprendió el francés bastante tarde. Lo hablaba a la perfección (con un ligero acento, pero sin errores), aunque admitía que con su lengua de adopción no tenía la misma intimidad absoluta que con el búlgaro, su lengua materna, y sobre todo con el ruso, que aprendió muy pronto en la escuela y que seguiría siendo para él la lengua de la poesía, que tanto amaba. El francés es para él un instrumento que pone al

servicio de su pensamiento; la claridad y la precisión le bastan. Sabe que, en la manera de escribir y de pensar, está más cerca de Raymond Aron (al que admira y que me descubrió) que de Camus (al que aprecia). Más inteligencia que emoción, más hechos que afectos, más conocimiento que arte. En definitiva, demasiada claridad, como estos dos autores, para que los pedantes acepten valorarlo en profundidad. Imposible que Todorov caiga en la trampa de tantos ensayistas franceses que quieren deslumbrar en lugar de iluminar, ser originales en lugar de decir la verdad y ser justos, y para conseguirlo multiplican las paradojas y los juegos de palabras, que explican, observaba sonriendo, que les cueste tanto superar la prueba de la traducción. Él, por el contrario, es uno de los autores en lengua francesa más traducidos en todo el mundo, y no por casualidad. Es uno de los más cultos (y en casi todas las ciencias humanas), uno de los más claros y uno de los más esclarecedores.

Resulta algo extraño, y se debe solo a su muerte, que yo prologue hoy a un autor tan reconocido y de bastante más edad que yo (era trece años mayor que yo). Lo contrario habría sido más normal. Cuando yo era estudiante, Todorov ya era famoso como teórico de la literatura, y estaba más de moda que en la actualidad. Era un referente «tendencia», aunque entonces no lo llamábamos así, lo que quizá explica que en aquel momento no me apeteciera profundizar en él. No lo conocería hasta mucho después (en 1990, creo, porque preparábamos juntos un número de *Lettre Internationale*, que nos había encomendado su director, Antonin Liehm). Entretanto, los objetos de investigación, incluso la metodología, del a veces llamado «Todorov II» se habían desplazado significativamente respecto del «Todorov I». Le interesan cada vez menos las estructuras y los signos, y cada vez más los individuos y el sentido. Se relaciona cada vez menos con los círculos vanguardistas (había estado muy cerca de Barthes, de Derrida, de *Tel Quel*…), y recurre cada vez más a documentos de archivos y a los grandes autores del pasado. Pagó el precio mediático. Sus destacados trabajos como historiador de las ideas –y por lo tanto también como humanista más que como antropólogo, como moralista más que como semiólogo– le granjearon más éxito (más lectores en todo el mundo) y menos prestigio (en París y entre los esnobs) que dos décadas antes. Buena señal. Su juventud en Bulgaria, es decir, en un país totalitario, lo había vacunado contra la ideología, la mentira, las falsas apariencias, lo políticamente correcto (que pretende conjugar moral y política, como en los países

totalitarios, pero esta vez bajo el dominio de la moral) y contra todo discurso alejado de la realidad o que mostrara, como escribía al principio de *Nosotros y los otros*, una «evidente disparidad» entre «el vivir y el decir», disparidad que había observado al otro lado del telón de acero y que le sorprendió volver a ver, aunque en otras formas, en tantos intelectuales parisinos de la década de 1960… Poca cosa para él. Era demasiado íntegro para aceptar este tipo de impostura, y demasiado culto para permitir que la moda o el éxito lo afectaran. Eligió a sus maestros: en un principio Bajtín y los formalistas rusos, Benveniste y Jakobson, después, y cada vez más, Montaigne y Rousseau, Montesquieu y Benjamin Constant, Paul Bénichou y Raymond Aron, Primo Levi y Vasili Grossman, Romain Gary y Germaine Tillion. Es decir, intelectuales básicamente liberales y algunos personajes discretos, amantes de la justicia y de la misericordia.

También eligió claramente su bando: el de la democracia liberal y el humanismo universalista. Lo que no le impedía, como veremos en este libro, denunciar con dureza las nefastas consecuencias de la «ideología neoliberal», que quiere someterlo todo a la economía, ni lo llevaba a hacerse ilusiones sobre la humanidad. No se trata de «creer en el hombre», ni de «hacerle un panegírico». ¿Quién puede pasar por alto que somos capaces de lo peor? Pero en cualquier caso es una posibilidad entre otras, lo que confirma que podemos «actuar libremente, hacer *también* el bien».[1] El humanismo de Todorov es «crítico» (en este sentido es como el equivalente en el ámbito ético del «racionalismo crítico» de Karl Popper en el ámbito del conocimiento) y a la vez «temperado». Es más una moral que una religión del hombre. Lo explica, por ejemplo, en *Memoria del mal, tentación del bien*. Señala que el humanismo crítico se distingue por dos características:

> La primera es el reconocimiento del horror del que son capaces los seres humanos. El humanismo, aquí, no consiste en absoluto en un culto al hombre, en general o en particular, en una fe en su noble naturaleza; no, el punto de partida son, aquí, los campos de Auschwitz y de Kolyma, la mayor prueba que se nos haya dado en este siglo del mal que el hombre

1. Todorov, *Le Jardin imparfait (La pensée humaniste en France)*, París, Grasset, 1998, «Épilogue», p. 332. Todas las citas sin referenciar están extraídas de este volumen. [Traducción española: *El jardín imperfecto: luces y sombras del pensamiento humanista*, Barcelona, Paidós, 1999.]

> puede hacer al hombre. La segunda característica es la afirmación de la posibilidad del bien. No del triunfo universal del bien, de la instauración del paraíso en la tierra, sino de un bien que lleva a considerar que el hombre, en su identidad concreta e individual, es el fin último de su acción, a valorarlo y a quererlo.[1]

Esto nos lleva directamente a este volumen que me han pedido que prologue. Reúne «textos circunstanciales», por así decirlo, sobre temas muy distintos (escritores y artistas a los que Tzvetan admiraba, páginas de historia y de geopolítica, reflexiones sobre moral o sobre ciencias humanas…) y abarca unos treinta años. Este libro es especialmente valioso porque muestra tanto la diversidad de intereses de su autor como el carácter unitario de su orientación. La profunda armonía resultante responde sin duda al pensamiento de Todorov, cuya coherencia constataremos, pero también los que para él son sus dos principales adversarios: el maniqueísmo, que quiere creer que todo el bien está en un bando, y todo el mal en el otro, y el nihilismo o «relativismo radical», que pretende que no hay bien ni mal, que todo vale y todo es inútil. Lo que Tzvetan había vivido en Bulgaria en los primeros veinticuatro años de su vida le pareció cada vez más una refutación suficiente tanto del uno como del otro. Los nihilistas se equivocan, porque el mal existe, y el totalitarismo ofrece un ejemplo indiscutible (en Todorov hay una especie de moral negativa, un poco en el sentido en que hablamos de teología negativa: el bien siempre es incierto o discutible; el mal, no). Y los maniqueos también se equivocan, porque actúan como los ideólogos totalitarios: («Somos el Partido del Bien», «Quien no está con nosotros está contra nosotros», etc.) y se creen exentos de todo mal. Contra ello, nuestro humanista crítico, maestro del matiz, defiende la «moderación» de Montesquieu, la lucidez de Rousseau (de quien cita la *Carta sobre la virtud*: «El bien y el mal brotan de la misma fuente») y quizá sobre todo la indulgencia desilusionada –aunque no desalentada ni desalentadora– de Romain Gary. Por ejemplo, estas líneas de *La Signature humaine*:

1. *Mémoire du mal, tentation du bien (Enquête sur le siècle)*, París, Robert Laffont, 2000, «Épilogue» (reproducido en *Le Siècle des totalitarismes*, París, Robert Laffont, 2010, p. 865). [Trad. esp.: *Memoria del mal, tentación del bien*, Barcelona, Península, 2002.]

> La «bestia inmunda» no está fuera de nosotros, en un lugar lejano, sino dentro de nosotros. Concluida la Segunda Guerra Mundial, Romain Gary, que había luchado contra Alemania como aviador, llegó a esta conclusión: «Lo que hay de criminal en el alemán es el hombre». Tiempo después añadía: «Se dice que lo que el nazismo tiene de horrible es su lado inhumano. Sí. Pero es preciso rendirse ante la evidencia de que ese lado inhumano forma parte de lo humano. Mientras no admitamos que la inhumanidad es algo humano, seguiremos en la mentira piadosa» [...] Por eso nunca conseguiremos librar a los seres humanos del mal. Nuestra única esperanza no es erradicarlo definitivamente, sino intentar entenderlo, limitarlo y domesticarlo admitiendo que también está presente en nosotros.[1]

«Banalidad del mal», como decía Hannah Arendt; «fragilidad del bien», añade Todorov (es el título de un libro suyo dedicado a la «salvación de los judíos búlgaros»). Retoma el tema en varios artículos aquí reunidos. No hay ni monstruos ni superhombres. Solo hay seres humanos, todos imperfectos, todos falibles, pero no por ello iguales (son iguales «en derechos y en dignidad», pero no en hechos y en valor). La experiencia de los campos de concentración lo confirma. La moral, lejos de desaparecer, como creyeron algunos, o mejor, aunque a veces desaparece, no se pone de manifiesto, pese a que subsiste o resiste, solo que de forma más espectacular, ya sea como «virtudes heroicas» (poder, valor, principios…), o con mayor frecuencia como virtudes cotidianas (dignidad, preocupación por los demás, compasión, bondad…). Hobbes se equivoca. No es cierto que el hombre sea un lobo para el hombre, o no es más que una posibilidad, en absoluto una necesidad. La «fragilidad del bien» no impide lo que Todorov llama su «banalidad». En el mundo hay «muchos más actos de bondad de los que admite la "moral tradicional", que ha tendido a valorar lo excepcional, cuando de lo que se trata es de nuestra vida cotidiana».[2] Nueva impugnación del nihilismo, aunque esta vez positiva.

1. *La Signature humaine (Essais, 1983-2008)*, París, Seuil, 2009, pp. 271-272, que remite en nota a dos libros de Romain Gary, *Tulipe* (1946), París, Gallimard, 1970, p. 85, y *Les Cerfs-volants*, París, Gallimard, 1980, p. 265. La expresión «librar del mal» es sin duda una alusión, explícita en la continuación del texto, a Dios y al Evangelio de Juan, 17:15. [Trad. esp. en Todorov, *La experiencia totalitaria*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009, pp. 296-297.]
2. *Face à l'extrême*, París, Seuil, 1991, «Épilogue» (reproducido en *Le Siècle des totalitarismes*, *op. cit.*, frase citada en p. 317).

Según Todorov, estas virtudes cotidianas son más frecuentes en las mujeres que en los hombres, y estaban mucho más desarrolladas en Tzvetan que en la mayoría de sus homólogos masculinos. Digamos que supo desarrollar hasta un punto poco frecuente su parte femenina –sin ser en absoluto afeminado–, y esto explicaba en cierta medida su sorprendente poder de seducción, que respondía a su delicadeza, su sutileza y su sensibilidad, a las que se añadía su no dejarse engañar por las ideas –que sin embargo conocía mejor que nadie– y preferir siempre a las personas singulares y concretas, frágiles y cambiantes. Podríamos resumir estas observaciones diciendo que Tzvetan era lo contrario de un gañán o un machista, es evidente, pero seguramente sería un error considerar que se trata solo de un rasgo de su carácter. Todorov, al que le gustaba tanto Romain Gary, por lo demás un hombre rodeado de mujeres y un luchador heroico, compartía con él lo que yo llamaría un feminismo normativo, es decir, no solo la exigencia de igualdad entre hombres y mujeres, que debería ser obvia, sino también la idea de que los valores son en cierto sentido «sexuados»,[1] como la humanidad, y que en esta bipolaridad la feminidad desempeña el papel más positivo. Lo leeréis en un artículo de este libro, pero no me resisto al placer de citar por extenso, para enlazar sus pensamientos, los comentarios que el ensayista hace del novelista:

> En la raíz de muchos males, Gary ve una masculinidad pervertida, lo que llamamos machismo, «las ganas de ir de duro, de auténtico, de tatuado». Lo ve en el comportamiento irascible de los conductores, en los elogios del heroísmo, en los conflictos entre jefes de Estado, en la mitología estadounidense del «triunfador», del «vencedor», creada por Jack London, Fitzgerald y Hemingway, en el culto al éxito, en la fascinación por el poder y en el elogio de Don Juan: «Cojones, solo cojones». La reacción de Gary: «Me desentiendo cada vez más de todos los valores llamados masculinos». O en otro estilo: «La mierda en la que todos nadamos es una mierda masculina».
>
> Por eso no sorprende que el valor que reivindica sea la feminidad, en lo que tiene de vulnerable y al mismo tiempo de compasivo. Espera «desarrollar esa parte de feminidad que todo hombre posee, si es capaz de amar» y constata: «Lo primero que se nos pasa por la cabeza cuando hablamos de "civilización" es cierta dulzura, cierta ternura maternal». O también:

1. *Face à l'extrême*, *op. cit.*, pp. 319-321.

> «Todos los valores de la civilización son valores femeninos [...] El hombre –es decir, la civilización– empieza en las relaciones del niño con su madre».

De ahí cierta proximidad de nuestros dos ateos o agnósticos con el espíritu de los Evangelios (Gary, citado por Todorov: «Por primera vez en la historia de Occidente, una luz de feminidad iluminaba el mundo»), y a veces una gran severidad con la mentalidad de su tiempo. A Tzvetan le horrorizaba la violencia, la vulgaridad y la agresividad. Se notaba tanto en su comportamiento cotidiano como en sus textos (no le interesaba la polémica), y tampoco era ajeno a sus posicionamientos políticos. Era todo lo contrario de un belicista y de un «neoconservador». Apasionado defensor de la democracia liberal y de los derechos humanos, era muy hostil a toda voluntad de exportarlos por la fuerza. No le gustan ni el presunto «derecho de injerencia» ni las guerras supuestamente «humanitarias». Lo explica también en varios artículos de este libro. Pero esto, que tiene que ver con la geopolítica, también forma parte de su concepción de la moral.

A nuestro humanista «desarraigado», como él decía, no le atraen nada el nacionalismo, la guerra, las cruzadas y la buena conciencia. Desconfía de los Estados, de las multitudes, de los grupos e incluso de las abstracciones. Explica que la moral, aunque de contenido universal, «solo puede vivirse en primera persona» (lo que la diferencia del moralismo), y solo en beneficio de individuos que también son singulares (lo que la diferencia de la ideología). «Estar dispuesto a pagar con tu vida para que venzan tus ideas no es en sí mismo una virtud moral.» Muchos fanáticos son capaces de hacerlo, fanáticos que «asesinan para que no se asesine más». En el fondo, Todorov solo cree en los individuos, que solo existen en función de las relaciones que establecen entre ellos, sin las cuales no serían nada (toda subjetividad es intersubjetividad; el humanismo es un individualismo relacional, y por lo tanto lo contrario del solipsismo). Se toma la moral en serio, tanto «frente a lo extremo» como en las circunstancias más corrientes de la vida privada, pero le horrorizan los moralistas. La moral es necesariamente «personal y subjetiva», porque siempre consta de «dos elementos: yo, a quien pido, y otro, al que doy», por lo que «la forma más breve de enunciarla» sería: «Solo exigirse a uno mismo, y solo ofrecer a los demás». Esto no es razón para renunciar a la propia felicidad. Tzvetan, que nada tenía de asceta, cree más en los «placeres» de la bondad (cuyo mejor ejemplo era para él su madre) que en la austeridad del «deber»

(oposición que toma prestada de Rousseau). Sencillamente, la felicidad no siempre es posible; la bondad o la compasión, sí. Nadie está obligado a ser un héroe, ni está autorizado a hacer lo peor, ni está eximido de hacer al menos un poco de bien cuando le es posible.

Merece la pena mencionar los magníficos libros que Todorov dedicó a la pintura: *Elogio del individuo* (sobre la pintura flamenca del Renacimiento), *Elogio de lo cotidiano* (sobre los pintores holandeses del siglo XVII), *La pintura de la Ilustración* (sobre Watteau, Goya y otros pintores)... Estos tres títulos dicen algo esencial sobre el hombre que era, dotado para la vida y la amistad, y también sobre su pensamiento: primacía del individuo y de la vida cotidiana, pero abiertos –por la autonomía de la razón– a lo universal. Encontraremos ecos de ello en algunas de las páginas siguientes, así como de su amor a la música y, por supuesto, a la literatura. Observaremos que los contemporáneos están muy presentes. Tzvetan, a menudo reticente frente a algunas aberraciones del arte llamado «contemporáneo» (en especial de las artes plásticas), no se encerraba en la nostalgia. Por el contrario, estaba muy abierto a los artistas de su tiempo (algunos de sus mejores amigos eran pintores o escultores) cuando encontraba en ellos cosas que admirar, sobre las que reflexionar («la pintura piensa», escribió) y con las que emocionarse. De ahí varios de los textos reunidos en este libro, ejercicios de admiración tan generosos como estimulantes. Todorov, lector incansable, experto melómano y apasionado de la pintura, desconfiaba tanto del arte presuntamente «vanguardista» («que da resueltamente la espalda a las tradiciones y quiere ir en paralelo con la revolución política») como del «presentismo», que olvida el pasado, y del «pasadismo», que sacrifica el presente y el futuro. Era su manera de ser moderno, y era la correcta.

«Discípulo de la Ilustración», como él mismo decía, pero consciente de sus sombras, y por lo tanto de sus límites y de sus posibles derivas, Todorov lanza sobre nuestra época, que nos ayuda a entender, una mirada a la vez penetrante y amplia, crítica y tonificante, informada y tranquila. Se muestra «responsable» en lugar de «comprometido» (según sus propias palabras), atento en lugar de militante, comedido en lugar de extremista, pacífico en lugar de pacifista, y equilibrado en lugar de maniqueo. Al menos en estas cualidades sus libros se parecen a él, y encontraremos estas cualidades en el presente volumen. Tzvetan, a diferencia de muchos otros autores más famosos que él, no era ni un presuntuoso ni un charlatán. Era un suave intransigente, un intelectual

lúcido (desgraciadamente, la expresión no es un pleonasmo), un erudito humilde, un investigador enciclopedista y pedagogo (un «contrabandista», decía él), un humanista sin ilusiones y un ciudadano del mundo, moderado y exigente. Por eso es tan importante leerlo: nos hace más inteligentes, más humildes y más críticos, más conscientes de la complejidad del mundo y de nuestra condición trágica.

Leerlo no consolará a los que lo quisieron de haberlo perdido, pero nos ayudará a todos a vivir un poco mejor, o un poco menos mal, y es todo lo que podemos pedirle a un libro.

André Comte-Sponville